

Barcarrota,

*Un Lugar
De
Leyendas*



® Textos: Francisco Joaquín Pérez González
Edita: Cáritas Barcarrota
Colabora: Ayuntamiento de Barcarrota

Este trabajo vio la luz por primera vez en el año 1998, siendo el número 3 de la Colección "Altozano", donde conoció una segunda edición ese mismo año. Veinte años después vuelve a las manos del lector con el objeto de contribuir a recaudar fondos destinados a la asociación benefactora "Cáritas", en su sede en Barcarrota.

LOS MAROCHOS

Hace muchos años, tantos que ni en la memoria de los más viejos del lugar queda constancia, se celebraba en Barcarrota, por San Juan, una fiesta en la que todo el pueblo participaba, siendo los niños y ancianos los que más énfasis ponían. Nos estamos refiriendo a *Los Marochos*.

Los Marochos eran unos muñecos fabricados con trapo y paja, vestidos grotescamente, que representaban a un hombre y a una mujer, teniendo estos por nombres los de Juan y María.

En la víspera de San Juan, por la noche, eran sentados uno junto al otro en una plaza del pueblo. Era el momento en el que los ancianos reunían en corros, alrededor de ellos, a toda la mocedad y chiquillería. Les contaban historias sorprendentes y misteriosas, siendo, a veces los Marochos, protagonistas de las mismas. Es fácil, aún hoy, imaginar las miradas de nuestros abuelos perdidas en la noche, al calor de las hogueras que alrededor suyo prendían.

Al llegar las doce de la noche, los mozos sacaban en procesión a los muñecos por las calles del pueblo, perseguidos por el gentío que cantaba, danzaba y se explayaba festivamente en todo lo que la época permitía. Las candelas, que inundaban las calles, animaban e iluminaban el cortejo.

Una vez recorrida toda la población, los Marochos eran arrojados al fuego. Su destrucción suponía el final de la fiesta. El aire del amanecer sofocaría las últimas candelas...

EL HALLAZGO DE UNA ALBARCA

La curiosa etimología del antiguo apellido de nuestra localidad (recuérdese el Villanueva de...) imaginamos que habrá tomado diversos caminos hasta constituirse en el actual, conocido y solitario nombre de Barcarrota.

Dada la especial característica de esta publicación, intentaremos ceñirnos al más popular, peculiar y devoto origen de la palabra.

Cuentan, "de siempre", que el emplazamiento de la parroquia de Nuestra Señora del Soterraño se debe a la aparición que, bastantes siglos atrás, hizo la Virgen a un sencillo pastor que se encontraba arreglando su maltrecha albarca. Una madrugada podía ser buen momento para que la Virgen le confiara la propagación, a todo el pueblo, de su aparición y que, en ese mismo lugar, solicitara se le construyera un santuario.

Así se hizo. Se elevaron los muros y la impresionante torre comenzó a dar sombra sobre el divinamente solicitado santuario y, desde entonces, en el mismo lugar que siglos atrás se produjera este (como todos) inusual milagro, se encuentra situada la parroquia de Ntra. Sra. del Soterraño, cuyo interior cobija, aparte de la imagen de la patrona de la localidad, el manantial que acompañaba al pastor y, hasta hace poco, una zarza de las que naturalmente decoraba el paisaje donde ocurrió dicho prodigio.

El pueblo ha acogido esta explicación, del origen del nombre de Barcarrota, con la devoción que requiere cualquier acción llevada a cabo por la Madre de Cristo, y así, anualmente, son cientos de personas las que visitan y humedecen sus manos en el agua que, aquella referida mañana, hizo que la niebla rodeara tan piadosa escena.

LAS LÁGRIMAS DE LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

En lo relativo a apariciones, milagros, prodigios marianos y fenómenos religiosos, no hay localidad que culturalmente se precie que no cuente con alguno de ellos en su recatada o valiosa historia. Barcarrota no debía ser menos.

Cuentan las crónicas, recogidas en cierta ocasión por el don Luis Cacho que, en el año de mil setecientos veintiuno, añadiéndole para mayor precisión incluso día y hora, miércoles catorce de mayo, a las tres de la tarde, ocurrió un hecho portentoso que paralizó la vida en nuestra localidad. Estando en la ermita que veneraba la imagen de la Virgen de la Soledad un servicionario, acometiendo las tareas de aderezamiento de la misma, observó algo extraño en el compungido rostro de la Virgen. Se acercó varias veces, no dando crédito a lo que veían sus ojos. ¡Era acierto lo que veía! ¡De los ojos de la Virgen brotaban lágrimas! ¡Estaba llorando la Virgen de la Soledad!

Corrió y tropezó, pero consiguió llegar a la casa del párroco a quien condujo al templo para que presenciara el milagro. Se colocaron frente a la imagen. El sacerdote se frotó los ojos, dudando por momentos de la certeza de sus observaciones. Pero no, era cierto. La Virgen estaba llorando. Rápidamente salieron y doblaron las campanas de las dos iglesias. El pueblo, poco acostumbrado a estos alborotos, preguntaba y el comentario voló vertiginosamente por toda la localidad. ¡Estaba llorando la Virgen! Era la exclamación que incitaba a las gentes a acercarse a la ermita.

Fue tal el tumulto que se produjo que el sacerdote tuvo que trasladar la imagen a la iglesia de la Virgen del Soterraño, dada la limitada capacidad de la ermita.

Todo el pueblo pudo observarlo. Emocionados salían de la iglesia. Cabizbajos por el sentimiento de culpa en que se veían

sumidos. ¿Por qué lloraría la Virgen de su pueblo? ¿Qué presagiaba?

Las lágrimas, así como los malos presagios, se fueron diluyendo con el transcurrir de los tiempos. De hecho, la imagen referida, hoy día, extrañamente y aun siendo una Virgen Dolorosa, no tiene lágrimas talladas. ¿Siempre fue así?

LA HIJA DEL ALCALDE

Cuentan, da igual el tiempo, ya que las leyendas no deberían tener fecha, que habitaba en Barcarrota un alcalde al que le sucedió lo que a continuación les narro.

No era tiempo precisamente de veleidades y el pasear de noche por las calles oscuras de la localidad no era sinónimo de gentes de cierta clase. El alcalde de nuestra historia, que a la sazón vivía en una de las casas de la Plaza de Altozano, tenía una hija, enamorada de un joven de modestia familia.

La época no era la más propicia para estos consentimientos. El padre quería para su hija lo mejor. La hija amaba al joven sin preocuparse de clases ni de comentarios familiares o ajenos.

El alcalde, viendo que su hija hacía caso omiso a sus consejos y, aún más, a sus órdenes, dispuso encerrarla en su casa hasta que olvidara por completo a su sospechoso amante.

El tiempo corría y, de repente, una noche alguien observó, a través de su ventana, una extraña figura blanca que deambulaba deslizándose por las esquinas de la localidad. Esta persona decidió poner sus observaciones a buen recaudo y avisó al alcalde. El comentario corrió de boca en boca por todo el pueblo. El alcalde, celoso de la integridad moral de sus vecinos, recorrió a partir de ese día las calles de Barcarrota en busca del fantasma que atemorizaba a sus conciudadanos. Era raro ver, a la hora del ocaso, algún cerrojo o portón abierto en toda la villa.

Le costó algunas noches pero al fin, una madrugada en que lluvia hacia más perezoso el correr del espectro, el alcalde, ayudado por dos alguaciles, dio muerte, junto a la Plaza del Altozano, a la sombra que les había desvelado durante tantas noches.

Las ventanas de las casas aledañas a la plaza abrieron sus postigos. Todos los vecinos se arremolinaron alrededor del misterioso personaje. Una sábana, a modo de túnica, le cubría el cuerpo. Una capucha blanca la cabeza. El alcalde, ante la curiosa mirada del gentío, se agachó y cuidadosamente destapó el cuerpo yacente.

Su mirada se nubló- ¡Había matado a su hija! Un murmullo seguido de un impresionante silencio, inundo la plaza. La gente se retiraba pensativa hacia sus casas. La visita nocturna al amante –murmuraban -había acabado con su vida.

Al fondo, el alcalde, arrodillado junto al cadáver de su hija, e maldecía por su rectitud. Toda la noche continuó llorando...

LOS PASADIZOS DEL CASTILLO

La invención popular es muy dada a imaginar lugares misteriosos, o lo que es más eficaz, a los lugares imaginarles misterios.

Es esto lo oque ocurre con la fortaleza de Barcarrota. Son muchos, según el decir en la villa, los puntos de donde parten oscuras e impenetrables galerías que conducen al castillo.

Buena parte de razón puede tener el pueblo. Sin indagar mucho en la historia, es evidente que algunas salidas y entradas alternativas debían de tener este tipo de construcciones en caso de extrema necesidad. Ya es más dudoso que éstas se localicen a bastantes kilómetros, como, al parecer, es el caso de algunas.

Son muchos, como ha hemos apuntado, los corredores que la gente conoce o ha oído hablar de ellos. Aquí vamos a ceñirnos solamente a algunos de los más populares, a la vez que algunos de los más pintorescos.

Al monasterio de Rocamador llega uno. Las gentes le añaden la lógica, al tratarse de un lugar de construcción supuestamente análoga en el tiempo a la del castillo. No es este lugar para desvanecer ficciones, ni mucho menos es nuestra intención, pero dada la disparidad de fechas y la distancia que los separa, es más que dudosa su credibilidad.

De la atalaya "El Jacho", torreón semiderruido situado a pocos kilómetros de esta localidad, es otro lugar donde se encuentra otro supuesto pasadizo. El saber ha evidencia este hipotético lugar por las mismas razones que el anterior.

De la atalaya que existe a las afueras de la población, un intrincado conjunto de enormes rocas que sobresalen

verticalmente de la fisonomía del pueblo, es otro de los lugares a donde llegaban los pasadizos relacionados con el castillo.

De la casa de Paca Mulero, edificio cercano a la fortificación, también se le señala otra misteriosa galería. Su proximidad hace más que lógica su certeza.

Hay otras, menos conocidas y comentadas. Lo cierto de todo esto es lo dificultoso de su comprobación. Son muchos los que aseguran que los han visto, habiendo incluso los que han penetrado en estos oscuros agujeros descubriendo sus misterios, dando de lado a la historia.

LA VIRGEN DEL TRÁNSITO

En la capilla de San José de la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Soterraño, oscura, casi oculta en una pequeña urna existente en el retablo de Santa Bárbara, está, como verdaderamente dormida, la imagen yacente de la Virgen del Tránsito.

Hasta aquí, con este primer párrafo, podría bastar para terminar de completar las páginas de cualquier libro de historia o modesto folleto turístico. Pero no es suficiente. El contenido de esta recoleta urna ha sido, con el transcurrir del tiempo, motivo de una de las más tenebrosas y espeluznantes fantasías con la que los niños, o tal vez no tan niños de nuestra localidad no han podido evitar llenar sus pesadillas nocturnas en alguna que otra ocasión.

La imagen de la Virgen del Tránsito, con su llamativo e imperecedero cabello, mantiene viva la leyenda de que, periódicamente, le tenían que cortar las largas uñas que el paso del tiempo prolongaba misteriosamente, y el pelo que, desmesurado, amenazaba con hacer perder la visibilidad dentro de la urna. Todo esto dando fe de que ciertamente, el cuerpo que allí reposaba, pertenecía a una persona real, a la cual, el pasar del tiempo no hacía mella en su rostro, permaneciendo impoluto en su particular sueño eterno.

Cuenta la tradición que las encargadas de tan tétrica tarea eran las menesterosas mujeres en las que se confiaban los oficios propios y monótonos de la iglesia, lo que demuestra que a tan lóbregas ocupaciones, no se prestaban las conocidas mayordomas de acomodado origen, que sí, por lo contrario, mimaban y cuidaban de la Virgen que da titularidad al templo.

Bien es cierto que la villa conoce la realidad del cadáver original. Se cuenta que el cuerpo que en la urna reposa,

perteneció a una niña que feneció el día de su Primera Comunión y se encuentra actualmente sepultado en la iglesia de Santiago Aposto. Allí se trasladó para evitar las molestias que causaba regularmente su mantenimiento.

La actual imagen, de la que los más viejos y píos del lugar desconocen su origen, viene a perpetuar la leyenda, ocupando el lugar que, durante tantos años, fue objeto de la mirada de curiosos y atrevidos niños.

No obstante, y a tenor de la supuesta venida a menos de este tipo de historias, en las tardes de otoño, cuando el viento araña los vidrios de las viejas cristalerías, en la iglesia de Nuestra Señora del Soterraño, no es nada aconsejable ni agradable el visitar esta oscura y fría capilla.

EL COYOTE

Todo parece que comenzó un día cualquier del mes de octubre de mil novecientos setenta y nueve. Un comentario insólito se extendía por las tabernas y hogares de Barcarrota. La noche anterior alguien había destrozado, con un hacha, un carro de los usados habitualmente en las tareas propias del campo.

Hay descontrolados en todas partes, pero a este caso hay que unirle la particularidad que, junto a los restos del carruaje, se había encontrado un papel en el que anotado se podía leer una serie de dibujos curiosamente relacionados. Una rueda, precisamente del tipo que usaban estos carros, una luna menguante y la palabra COYOTE, junto al número de carros sacrificados (uno en este primer caso). Había nacido el personaje...

Pasaba el tiempo y El Coyote, con mayúsculas, continuaba haciendo alardes de sus fechorías. Destruyendo todos los carros que encontraba en su camino o que, premeditadamente, iba en su busca. El pueblo lo acogió con carió, quizás porque eran jocosos los comentarios que su figura irradiaba. Llegó incluso a quemar un almacén donde se encontraba un carro oculto después de amenazar a su dueño. Nunca pudieron cazarlo, ni tan siquiera, se cree, a identificarlo.

Han pasado muchos años desde que El Coyote dejó de ejercer su incomprendida y misteriosa actividad. La leyenda parece difuminarse con el tiempo, pero ahí estará siempre. Jamás se podrán olvidar las mañanas en las que el pueblo se levantaba con el sobresaltado comentario de que otro carro más había sucumbido bajo la destructora mano de El Coyote. Los niños corrían a los campos a contemplar los añicos en que habían quedado convertidos tan robustos carros tras su paso. En la "Boca del pez", en la ermita de San Benito,... fueron

tantos que verdaderamente creemos que llegaron a desaparecer por completo. Al menos, si alguno quedaba, el dueño celosamente lo ocultó, temiendo el peor e inevitable fin que le aguardaba de no ser así.

FRAY JUAN DE LA ESCALERA

I

El monasterio de Rocamador emerge poderoso sobre la empedrada loma que domina el entorno. Alcornuques aunque también alguna encina, sirven de protección al terreno. Altos muros, austeros ventanales, espaciosa terrazas, conforman la fisonomía de la construcción. Las noches gélidas. Los días llenos de sol y de poesía. No obstante, la lluvia amenazaba aquella mañana.

II

No parece cansancio, precisamente, lo que denota el caminar del anciano fray Juan, cuando sorteando el inclinado y abrupto terreno, baja hasta la charca que se avista desde el monasterio. El viento, a su paso, lucha con las ramas de los árboles. Sus hojas tapizan el camino.

Fray Juan de San Miguel, hombre piadoso y de costumbres extremas, se sumergió hasta los tobillos en la orilla de la charca, de manera que sus sosegadas aguas le dibujaran una raya en el pernil del sayal. Era la mejor manera de que, al cercenar sus vestiduras, quedaran tan igualadas que ni la mismísima señora Isabel, que de costumbre asistía a la comunidad, lo hubiera hecho de mejor manera.

III

Estas ingenuas habilidades habían generado a fray Juan el afecto de todos los frailes que junto a él convivían. Fray Rodrigo de Belvis, impar penitente; fray Pedro de Leyva, estimado por todos eran, junto a otros frailes nuevos, los que compartían el acaecer diario de la comunidad.

IV

Al volver de la charca y, a pesar del corto trayecto que del monasterio le separaba, fray Juan no tuvo más remedo que fabricarse un artesano y accidental sombrero con que

resguardarse, lo mejor posible, de la tormenta que se había desatado. Un pedazo de hoja de corcho le ayudó a tal fin.

-¿Cómo ha tardado tanto en sus rezos? Hoy se ha demorado.

-No era esa mi intención, fray Francisco, pero me entretuve en arreglar mi sotana. Estaba bastante deteriorada.

El agua había calado, formando considerables charcos en la terraza en la que fray Francisco le aguardaba.

-Pase y seque su cuerpo al calor de la chimenea. Nos han traído víveres y ropajes nuevos y hemos de repartirlos.

Su ajado cuerpo se reflejaba grotescamente sobre los muros del edificio. La luz de las llamas avivaba el brillo de sus ojos humildes.

V

Ni que decir tiene que los paños que le otorgaron, por veteranía, a fray Juan, ya de por sí pequeños, al pasar por sus manos eran divididos, al menos en tres partes, con las que con sorprendente habilidad fabricaría otras tantas prendas. Su modestia le impedía malgastar los precarios recursos que otros ni siquiera poseían.

VI

La noche se vaticinaba terrible. La fugaz claridad de la tormenta se filtraba en hilos de luz por debajo de las puertas y, recorriendo el pasillo, buscaba la más inusitada entrada para irrumpir en la intimidad de las celdas. Alguna ventana entreabierta, golpeada por el viento, impedía el sosegado reposo de los frailes. Sus rezos se volvían penitencias.

VII

Reconocida era la destreza con la que el hermano Juan sanaba las más variadas dolencias: hinchados, llagas... y otros males y molestias, viniéndole pacientes de las más alejadas provincias al conjuro de sus virtudes y eficacia.

VIII

Así transcurría el día de la acrisolada vida de este fraile, siendo su única espera la de terminar sus días con las virtudes y el recogimiento de aquel piadoso mendigo de mediados del primer milenio, que consiguió su Santidad con su sinceridad y llaneza y alcanzó la fama al vivir y morir en el hueco de una penitencial escalera.

Ya tenía fray Juan elegido dónde imitar a San Alejo y disfrutar de su última morada. La halló en el hueco de la escalera que guiaba de la cocina a las cuadras. Tuvo que sufrir mucho el anciano fraile para acomodar sus maltrechas carnes en tan mermado dormitorio.

IX

Y fue bien cierto que lo consiguió. Aquella noche todo era alteración en la comunidad. Corría el año de mil quinientos sesenta y siete, cuando fray Juan de San Miguel, lego, pasó al Señor en extremada pobreza y en penitente posición.

X

Cuentan que, en las noches de fría tormenta, cuando el aire bruscamente esparce el calor de las chimeneas, aún se oye el agitar de los pies de fray Juan en los charcos que, redoblando, colman de gotas la lluvia.

Edita:
CÁRITAS
BARCARROTA

Colabora:



AYUNTAMIENTO DE
BARCARROTA

Todos los beneficios obtenidos por la venta de este trabajo están destinados a la asociación CÁRITAS BARCARROTA, y contribuir así al desarrollo de sus proyectos sociales y humanitarios. Gracias por su colaboración.